



La polarización política en Estados Unidos. Orígenes y actualidad de un conflicto permanente

Josep María Colomer

2023. Debate, Penguin Random House Grupo Editorial

222 páginas

ISBN: 978-84-19399-42-7



Alfredo Crespo Alcázar

Universidad Rey Juan Carlos

El profesor Josep María Colomer nos ofrece una oportuna obra en la que aborda de forma rigurosa un objeto estudio muy sugerente, Estados Unidos, una nación que suscita tantas filias como fobias. El autor disecciona un fenómeno clave que, sin duda alguna, va a condicionar el presente del país como es su polarización en aumento, debido esencialmente a la existencia de dos partidos políticos muy disciplinados, lo que genera agravios.

Este hecho tuvo como orígenes más cercanos las administraciones encabezadas por Bill Clinton en los años 90 de la pasada centuria, para intensificarse durante el gobierno de Donald Trump (2016-2020). La llegada a la Casa Blanca de Joe Biden no podemos decir que haya generado cambios significativos. A la hora de argumentar su postura, Josep María Colomer realiza una explicación amplia de la historia institucional de Estados Unidos. En este sentido, destacan sus referencias al rechazo de la monarquía por parte de los Padres Fundadores de la Nación. Además, nos recuerda que la Declaración de Independencia calificaba al Rey de Inglaterra como tirano, si bien esta perspectiva resulta compatible con el temor mostrado a que se creara una democracia anárquica.

En el recorrido cronológico que lleva a cabo Josep María Colomer sobresalen algunos aspectos que quizás hoy puedan suscitar sorpresa. Uno de ellos radica en el escaso espacio que ocuparon las relaciones exteriores en la agenda de Washington durante sus primeros compases como nación. La construcción de un solvente aparato

estatal se convirtió en el gran objetivo, aunque acabó generando una repercusión que no admitió vuelta atrás: el incremento de los poderes del presidente, tanto en época de guerra como en momentos complejos como la (gran) depresión económica de 1929, en detrimento de las facultades del Congreso. En palabras del autor:

[...] sin embargo, sólo las guerras contra los británicos, los mexicanos y los españoles, así como las que condujeron a las dos guerras mundiales, fueron el resultado de políticas aprobadas por el Congreso. Todas las demás, incluidas la expansión del ejército, la guerra de Corea y el derrocamiento de gobiernos en Irán, Guatemala y República Dominicana y otros países durante la Guerra Fría, fueron iniciadas por los presidentes sin una declaración de guerra previa del Congreso. (p. 88)

En los últimos tiempos esta constante se pudo advertir con la aprobación de la Ley Patriota en respuesta al 11-s, la cual concedió al presidente George W. Bush amplias competencias de vigilancia, detención y persecución por tiempo indefinido, contando para ello con el beneplácito, cuando menos inicial, de la opinión pública estadounidense. Esto último varió cuando esa misma sociedad civil entendió que la posibilidad de sufrir ataques terroristas resultaba lejana, lo que a su vez se tradujo en un rechazo a la presencia de Estados Unidos en cualquier guerra librada en el extranjero (Irak y Afganistán). En este sentido, Colomer apunta un interrogante de interés, ¿la actual

guerra de Ucrania puede implicar un cambio en la tendencia de Estados Unidos a reducir su gasto en defensa y a no iniciar guerras?

Con todo ello, en sus compases iniciales como nación, los Padres Fundadores también rechazaron a los partidos políticos al considerar que representaban intereses de facción y no de nación, posibilitando una injerencia extranjera en las cuestiones nacionales, elemento subrayado por George Washington en su discurso de despedida: “durante la Convención de Filadelfia varios delegados advirtieron del peligro de que en un futuro los partidos políticos en el legislativo pudieran crear cargos en el ejecutivo solo para nombrar a sus propios miembros” (p. 102).

Sin embargo, los partidos se fueron haciendo necesarios y se convirtieron en organizaciones bien disciplinadas, aunque como insiste el autor, al existir sólo dos, esto redujo la agenda de temas. Durante las siete primeras elecciones presidenciales predominó el consenso, debido principalmente a una política exterior defensiva y de bajo perfil. El disenso comenzó en la etapa que el autor ubica entre 1824 y 1916. La cuestión principal objeto de discordia fue la esclavitud lo que acabó por generar una guerra civil, si bien otros factores resultaron determinantes como la pugna entre el proteccionismo (exigido por los industriales del norte) y el libre comercio (defendido por el Sur). El resultado de la contienda fue desolador: “tras cuatro años de batalla, el número de víctimas mortales en la Guerra Civil, unas setecientas cincuenta mil según estimaciones recientes, fue mayor que el total en todas las demás guerras libradas por Estados Unidos en toda su historia, incluidas las mundiales” (p. 148).

Ello exigió una reconstrucción y restauración de la nación, dos conceptos que el autor explica con amplitud. En efecto, con relación al primero de los mismos, se produjo una extensión de la red de ferrocarriles y el desarrollo del telégrafo a lo que se unió el descubrimiento de petróleo, pero todo ello estuvo envuelto en un incremento de la violencia, como certificó el asesinato, por ejemplo, del presidente William McKinley. Igualmente, emergió una legislación progresista cuyo paradigma fue la New Deal tras el crack de 1929.

Esto último significó un incremento de la extensión de las funciones del presidente, algo que se acentuó con la Segunda Guerra Mundial, tras la cual Estados Unidos se convirtió en una de las dos superpotencias hegemónicas. En íntima relación con este argumento, a partir del inicio de la Guerra Fría se observó una gran cooperación entre los dos partidos, en lo que influyó significativamente la unidad derivada de la existencia de una amenaza como el comunismo soviético y su red de aliados: “las amenazas de un ataque nuclear por parte de la Unión Soviética, una invasión de las tropas soviéticas o una toma del poder por los comunistas a escala nacional dieron a los gobernantes de Estados Unidos y de otros países occidentales democráticos un amplio margen de maniobra para la toma de decisiones, no sólo en materia de política exterior, sino también de política interior” (p. 156).

En efecto, la mayoría de la población norteamericana temía a la URSS, por lo que agradecía la protección del gobierno. Se produjo una obsesión por la seguridad y un miedo a la subversión, señala el autor, de tal manera que desafiar al gobierno habría sido percibido como una traición. Este escenario se vio alterado en parte en los sesenta cuando entre las dos superpotencias se pactó la distensión. Así, el menor temor a la URSS vino acompañado en el interior de Estados Unidos de un aumento de las tensiones sociales (revueltas estudiantiles, movimientos a favor de los derechos de los afroamericanos...).

Este desorden social mostró su segunda parte tras el final de la Guerra Fría, junto con una reducción notable del consenso interno debido a que ya no había un enemigo exterior susceptible de generar unión. Solo el 11-S provocó una vuelta puntual a la unidad, quebrada poco a poco durante las administraciones de Bush, Obama y Trump. La “retirada” del panorama internacional acentuada por este último hizo que los conflictos domésticos generasen la máxima tensión, como refrendaron las elecciones presidenciales de 2020 y la toma de posesión de Joe Biden en enero de 2021: “el destino de Donald Trump y el trumpismo puede no estar escrito todavía. El destino de la democracia tampoco” (p. 184). Dicho con otras palabras, el ambiente de crispación no puede darse por finiquitado.